

Predicar después del silencio

***E**n este número de Testimonio, escrito todo él por dominicos, se respiran las ganas de restaurar el dinamismo de la vocación dominica en la Iglesia de hoy, respondiendo mejor a la llamada que el mismo Santo Domingo dirigió hace ocho siglos a los primeros frailes. Les envió a “predicar, estudiar y fundar conventos”. Toda renovación de la vida dominica comienza con la escucha atenta de la Palabra y la vida de oración y de contemplación en el silencio y en el estudio.*

Hay muchos símbolos dominicanos: el color blanco, el hábito, el escudo, el perro con la antorcha a los pies de Domingo, el libro... pero hay un signo de identidad, un código genético de los miembros de la Familia Dominicana: la predicación para la salvación de la humanidad, el ministerio de la Palabra. En este año jubilar conviene que sus integrantes hagan marketing y acierten a dejarnos a los hombres y mujeres del siglo XXI escuchando la Palabra, celebrándola y proclamando el Evangelio con el ejemplo de su vida. La Iglesia y la vida consagrada lo necesitan.

En la portada nos hacemos eco de esto mismo. Santo Domingo de Guzmán es peregrino. Su imagen brota desde los cuatro evangelistas. En una mano tiene a Cristo crucificado y en la otra, una Iglesia fundamentada en el Evangelio. A la derecha aparecen los tres caminos para lograr la misión de la Orden: la oración, el estudio y la predicación.

Para Santo Domingo la raíz de los males de la Iglesia de su tiempo estaba en que “nadie partía el pan de la Palabra a los fieles”. El había intuido proféticamente que la predicación de la Buena Nueva es el comienzo de todo proceso que conduce a la fe, la conversión, el Evangelio, la creación de la comunidad cristiana y la humanización de la vida al estilo de Jesús. La misión dominicana exige el buen uso de la Palabra y de las palabras. Eso es su don y tarea.

En mis contactos con la Familia dominicana, que han sido abundantes, he podido ver, apreciar y disfrutar las diferentes variantes de la predicación, que han sido múltiples en la tradición dominicana: la homilía y la enseñanza, la palabra oral y escrita, la expresión artística y la comunicación virtual, el diálogo interpersonal y el testimonio de vida, la claridad y profundidad en la investigación teológica. Pero en todos los ministerios apostólicos de la Orden, se procura llegar al anuncio explícito. El P. Juan de Castro, sacerdote chileno, ingresó a la Orden dominica ya entrado en años. Hace 9 le hice la pregunta del millón: ¿Por qué diste el paso para ser dominico con más de 65 años? La madura respuesta llegó enseguida: “La predicación para nosotros, los dominicos, no es solo una función, una tarea, una misión; es un carisma, una forma de vida, un estilo de vida, es la ‘vita vere apostolica’ (Domingo). Yo eso lo buscaba por mucho tiempo. Nuestro compromiso como dominicos es, no solo llevar una vida de predicación, sino una vida que en sí misma sea predicación, una vida que predique, que sea una verdadera “visitación” para los demás. He encontrado que las constituciones son, ante todo, fuente de liberación y no de obligaciones; le ayudan a uno a “buscar la verdad en la dulzura de la fraternidad”.

Domingo concibió su proyecto carismático en función de la predicación. La predicación configura la vida dominica y la vida de la comunidad tiene sentido cuando toda ella se orienta hacia la predicación del Evangelio. Esto explica la estrecha relación entre la vitalidad de la vida dominica y la vitalidad del ministerio de la Palabra en la Orden. Cuando la misión evangelizadora está viva, todos los elementos dominicos de sus vidas están vivos: la oración, la contemplación, el estudio, el diálogo comunitario y la vida fraterna. Y cuando todos estos elementos están vivos también está viva la misión evangelizadora.

Con este número de Testimonio podemos aprender mucho de la predicación dominicana, la que hace el hombre y la mujer, el laico y el sacerdote de la Familia dominicana: es un anuncio teológico-profético del Evangelio; anuncio que no se queda entre las cuatro paredes de la Iglesia: enseña, conmueve, sana, alegra e ilumina las distintas realidades, culturas, tradiciones religiosas, y exige del predicador un ejercicio permanente de misericordia y compasión. Es una predicación que anima la esperanza cristiana.

En la tradición dominica se recuerda que «El único Maestro del predicador es el Espíritu Santo». Sin embargo, el predicador no nace, se hace. Precisamente la tarea fundamental de toda la formación dominica es «formar un predicador dominico». Por eso, el celo por la predicación debe estar ya presente desde el primer discernimiento vocacional. Por lo demás, la predicación es criterio, referencia y propósito de todo el período de la formación inicial y de la permanente.

El estudio tiene desde los orígenes de la Orden un carácter esencialmente apostólico. Forma parte de la contemplación dominicana. De ello puedo dar testimonio. Cuando hice mis estudios de teología y antropología con los dominicos en la Universidad de Friburgo; más aún, me acompañó en la tesis de doctorado en antropología Ph. Luyten, O.P., un gran estudioso; me marcó con su gusto por el estudio. Para él estudiar era ponerse a la escucha de los clamores del mundo y buscar apasionadamente la verdad. La antropología en aquellos días era un nuevo saber y él estaba en la vanguardia. Hoy, más que nunca, la complejidad de la condición humana y los cambios radicales que afectan a la vida de nuestros contemporáneos nos invitan a tratar de interpretar y comprender el mundo en que vivimos, al que “Dios ha amado tanto” (Jn 3,16). Santo Domingo sigue enviando hoy a los hermanos y hermanas al centro donde se gestan estas transformaciones, para que compartan sus interrogantes y entablen diálogo con todos aquellos que intentan edificar un mundo más humano. Los dominicos pueden ofrecer la visión bíblica y cristiana del hombre, de su dignidad y de su valor inconmensurable. El estudio no es, para un dominico, una simple etapa de la formación, sino una manera de ser: irriga y fecunda toda su vida. Alimentado con la Palabra, aprende a leer, meditar y estudiar con una renovada energía; asume los interrogantes de nuestro mundo, que se presentan para él como oportunidades y desafíos de aprendizaje. Este Jubileo le ofrece al dominico la ocasión de considerar, de manera creativa, el modo de dedicarnos a un estudio serio y al servicio de la predicación.

De los dominicos se puede aprender que el Evangelio que se predica está hecho a la medida de lo más auténticamente humano. Por tanto, al predicar se tiene que ofrecer una propuesta de humanidad. El corazón humano tiene ansia de Dios y Dios, ansia de humanidad. Hay una cierta gratuidad en la búsqueda de la verdad. Esto es ya una ayuda para la predicación, pues el que contempla desea transmitir lo contemplado. En este sentido, el estudio no es un simple ejercicio académico de dialéctica o retórica, ni es un fin en sí mismo, destinado solo a la acumulación de erudición y conocimientos. El fin es la predicación. El mundo es el campo en el que se siembra la Palabra de Dios (Mt 13,18), nuestro estudio debe realizarse en diálogo con las culturas actuales, con las demás religiones y tener siempre presente la causa de los más pobres. Varios autores de este número nos recuerdan que es necesario escuchar al mundo antes de predicar. «Predicar después del silencio». Vivimos en un tiempo complejo en el que se están agotando las fuentes del sentido. El predicador debe escuchar con atención las características culturales de este mundo y discernir los signos de los tiempos y ofrecer alternativas.

Mirando al mundo actual la humanidad se siente cada vez más preocupada por su futuro. La sociedad del bienestar abunda en placer y escasea en sentido, abundante en medios y escasa en fines, abundante en política y escasa

en mística. La buena predicación debe desenmascarar todas estas idolatrías. Domingo observa la capacidad de convocatoria que ejercen sobre los fieles aquellos predicadores adornados con rasgos de vida evangélica y decide emprender el ministerio de la predicación, acreditándolo con una vida evangélica. Imitando y siguiendo a Cristo, el dominico anunciará el Evangelio como una palabra de gracia, de misericordia y de compasión.

Al escuchar siendo chico, a un tío dominico y cuya norma era que el buen predicador no debe empeñarse “en vencer sino en convencer” ya tuve la clara impresión que no era lo mismo predicar que echar sermones. Predicar solo es posible desde la experiencia de la fe, la experiencia y lectura creyentes de la realidad. Para ser predicador se requiere una vida al estilo de Jesús.

Al celebrar este VIII centenario, la familia dominicana nos invita más que nunca a “laudare, benedicere, praedicare”. Este ministerio de la predicación es, todavía hoy, vital y urgente para que la evangelización resuene de un extremo al otro del mundo. Este aniversario será asimismo una ocasión propicia para mirar atentamente hacia el futuro, confiados en las promesas de Dios que “envió su Hijo al mundo no para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3,17). Esta historia de ocho siglos es escuela de verdad y de humildad, fuente de renovación y de esperanza para el buen Predicador que es el que muestra, verbo et exemplo, cómo la fe transforma la existencia humana; cómo renueva el corazón, el espíritu y el cuerpo; y cómo todas las realidades sociales del mundo están llamadas a convertirse en signos de la presencia del Reino.

Al leer estas páginas de Testimonio nos unimos a la Familia dominicana, que está comprometida en un proceso de renovación y de transformación de sus estructuras, a fin de reforzar su misión de predicación. No hay duda que logrará relanzar el dinamismo de su vocación. Lo conseguirá con una predicación que ponga de relieve la compasión hacia los que sufren, el testimonio de la solidaridad con los excluidos y con quienes viven en la periferia de nuestras sociedades. Será una predicación con acentos proféticos como los tuvo ya en el S. XVI y XVII en nuestro Continente y sus Islas cuando denunció todo lo que desfigura el rostro doliente del ser humano.

Sobre todo en Santiago estamos invitados en este año jubilar a experimentar todo esto en vivo y en directo. Para ello basta tomar el Metro de la Línea 1 y llegar a la meta, a la última estación: Los Dominicos. Hagamos de ella meta de nuestro caminar y aprovechemos para disfrutar la gracia y carisma dominico con los dominicos, en su casa, en su centro de estudios, en su parroquia, en su centro de acogida. Nos hará mucho bien y si alguno tiene todavía edad, vocación y llamada para quedarse y hacerse dominico, le van a decir: bienvenido seas, estás en tu casa.